

La crisis como catástrofe y como escuela de conocimiento



Hernán Ouviaña

En las últimas décadas, la crisis y reestructuración del capitalismo a nivel global ha generado enormes transformaciones tanto en términos societales como en los propios Estados, poniendo incluso en cuestión –por su carácter múltiple y su nivel de profundidad– la capacidad misma de inteligibilidad y comprensión de estas metamorfosis por parte del pensamiento crítico y las Ciencias Sociales. Partimos de asumir que la pandemia no inaugura la crisis civilizatoria que estamos viviendo, sino que más bien esta ya existía de antemano, y en tal caso lo que sí hizo la pandemia fue revelar e intensificar las lógicas más perversas de lo que autores como Jason Moore (2020) y Renan Vega Cantor (2019) denominan *capitaloceno*.

De acuerdo a este tipo de lecturas, el capitalismo da inicio a una fase de la historia moderna cuyas formas de estructurar las relaciones de dominio entre los seres humanos y el resto de la naturaleza, por su velocidad, escala de destrucción y explotación desmedida, no tienen parangón con otras situaciones o épocas precedentes. A diferencia de Paul Crutzen (2009), que apela al término de *antropoceno* con el objetivo de denunciar que el ser humano se ha convertido en una fuerza geológica de impacto mundial, esta otra perspectiva crítica considera que es preciso delimitar responsabilidades y apuntar a los sectores de la sociedad capitalista que más se han beneficiado con la continuidad de este sistema de muerte, entre los que se destacan por cierto las potencias imperiales,



las clases dominantes locales, las empresas transnacionales y las élites del norte global.

Las dinámicas de ajuste estructural, el despojo de territorios y de derechos colectivos, así como las iniciativas privatizadoras y de precariedad que se impusieron sin miramientos desde los años ochenta y noventa, han tenido como contracara una creciente resistencia y oposición por parte de comunidades, sindicatos, organizaciones sociales y movimientos populares, dando lugar a lo que hemos caracterizado como Ciclo de Impugnación al Neoliberalismo en América Latina (en adelante, CINAL) (Ouviña y Thwaites Rey 2019).

Transcurridos ya más de veinticinco años de aquella irrupción que generó un verdadero cimbronazo a nivel continental, y que logró cristalizarse en varios casos en gobiernos que se han denominado genéricamente “progresistas”, si bien puede considerarse que el CINAL aún continúa en pie (en tanto no cabe restringirlo a los vaivenes gubernamentales), lo cierto es que en el último tiempo viene sufriendo un violento intento de cierre por arriba, a partir del despliegue de un estatismo autoritario de contornos inéditos y que parece consolidarse como tendencia regional e inclusive contar con un considerable consenso societal en algunos países. La principal hipótesis es que **estamos ante una mutación de la forma Estado que implica un reforzamiento de su faceta coercitiva e involucra una tendencia a la militarización, el control securitario y el ejercicio creciente de la violencia, aunque de manera selectiva y sin que ello redunde en una suspensión plena de las libertades elementales y las reglas de juego propias de la democracia liberal burguesa.**

Esta emergencia se correlaciona, a la vez, con una nueva fase del capitalismo a nivel mundial (centrada de manera prioritaria, aunque no exclusiva, en la electro-automovilidad, la necesidad de “descarbonización” y la superación de una matriz económica asentada en energías fósiles), en la que estaríamos entrando en forma estrepitosa y convulsionada, siendo América Latina un territorio codiciado y vital para el relanzamiento del ciclo de acumulación que permita superar la crisis sistémica y multidimensional que vivimos. En este marco, las luchas territoriales y por la defensa de la naturaleza y los bienes comunes cobran centralidad, debido a la necesidad por parte del capital de generar un proceso de transi-



ción energética y productiva, a través de lo que ciertas interpretaciones definen como *capitalismo verde*.

La crisis de 2008 y sus secuelas en la región a partir de 2011 con la caída de los precios de los *commodities* tendieron a agudizar los problemas acumulados en un sentido más socioeconómico, trayendo consigo no solamente protestas y descontentos por parte de vastos sectores populares perjudicados por esta coyuntura, sino también, como respuesta y contraofensiva de los de arriba, ajustes presupuestarios, niveles cada vez más altos de violencia, extractivismo extensivo y recargado tanto en campos como en ciudades, aumento estrepitoso de la desigualdad y una precarización brutal de la vida, siendo la inestabilidad hegemónica un rasgo invariante en casi toda la región. **Esta conjunción de malestares, frustraciones y escandalosas asimetrías pavimentó el camino para el crecimiento acelerado de propuestas de ultraderecha, emparentadas muchas de ellas con el neofascismo.**

El CINAL supuso la conformación de “pactos de consumo y empleo”, basados en asegurar el trabajo nacional (por cierto, mayoritariamente en condiciones precarias) y ampliar cierta capacidad de compra popular (Ouviña y Thwaites Rey 2019). La contracara –o basamento material– de esta dinámica transitoria y frágil, fue una expansión del endeudamiento y de ciertos procesos de subjetivación neoliberal de corte individualizante, asociados con una autopercepción de sectores de la clase trabajadora como “empresarios de sí mismos”. En este marco, el acceso al crédito, que en principio tuvo como fin reducir la pobreza, también funcionó, al decir de Maurizio Lazzaratto, como un “caballo de Troya” a través del cual “la financierización se introdujo en la vida cotidiana” mediante una relación acreedor-deudor que, en tanto técnica que permite conducir y controlar las conductas, resulta de una eficacia formidable por cuanto “desplaza la lucha de clases a un nuevo terreno, donde las organizaciones de trabajadores asalariados tienen dificultades para posicionarse” (Lazzaratto 2019: 28).

Al mismo tiempo que se multiplicaban diversas modalidades para extraer en forma rentista el valor, se vivió una reprimarización y un incremento de las lógicas de acumulación por desposesión, posibilitadas por un contexto de la economía mundial caracterizado por el ascenso de China como comprador de los *commodities* que produce



América Latina. Ello generó cierto crecimiento económico y habilitó políticas redistributivas que mitigaron la pobreza extrema, pero a la vez configuró una forma particular de Estado denominado por algunos “compensatorio” (Gudynas 2012).

Bajo esta lógica, se continuaron o profundizaron los esquemas productivos basados en la explotación de bienes naturales, alineados con el modelo de acumulación global, exacerbando la dependencia de los centros imperiales y las cadenas de valorización. Esto derivó en que entrara en contradicción con las demandas y proyectos de movimientos, pueblos y comunidades que aspiran a cambios paradigmáticos y civilizatorios que superen el productivismo occidental, las lógicas asimétricas y colonial-modernas de relacionamiento mundial y los formatos liberales del quehacer político (Ouviña y Thwaites Rey 2019).

Aunque no podamos aquí dar cuenta de los matices y complejidades, así como de las luces y sombras de los gobiernos “progresistas” o con vocación antineoliberal (al respecto, pueden verse ciertas lecturas e interpretaciones en Ouviaña y Thwaites Rey 2019, Carillo Nieto et al. 2016, Oliver 2016, Gaudichaud et al. 2019, Bautista et al. 2020, entre otros), lo cierto es que ellos fueron reduciendo cada vez más su margen de acción a lo que Antonio Gramsci supo denominar “pequeña política”, es decir, a aquella práctica que se encapsula en el día a día y asume con resignación el orden dominante, intentando adecuarse a él más que enfrentarlo. Lejos de trastocar las estructuras económico-sociales e institucionales para aspirar a crear nuevas relaciones, estos gobiernos tendieron a conservarlas y defenderlas, haciendo de la intriga entre facciones y figuras individuales, del posibilismo y la disputa electoral, un pivote central de su accionar, acotado por cierto a consolidarse al interior de un equilibrio de fuerzas y un poder de clase ya constituido, lo que redundó en un envalentamiento, capacidad de iniciativa e irradiación de fuerzas de ultraderecha y neoconservadurismos de diversa laya.

A nivel más estructural, la agudización de la crisis se ha evidenciado en dos aristas clave de la modernidad capitalista. Por un lado, sobre todo en lo atinente a su faceta industrial, aquella referida al paradigma energético fósil. Por el otro, la relación orgánica entre producción, militarización y guerra. Respecto del primer aspecto, cabe decir que el agotamiento de los combustibles basados en este tipo de fuentes ha puesto a la orden del día el debate



sobre los límites estructurales de este modo de vida imperial y la necesidad acuciante de ensayar algún tipo de transición en el corto y mediano plazo. Si tal como sugieren Brand y Wissen (2021), este modo de vida se basa en la exclusividad y solo puede persistir mientras disponga de un “exterior” al que logre trasladar sus gastos (y del que, en simultáneo, pueda expoliar bienes, personas y recursos), su pretensión universal erosiona las bases mismas sobre las que se sostiene, ya que agudiza la crisis socioambiental en curso y el desgarramiento de la ecoddependencia, en tanto y en cuanto aspira a *generalizar lo no generalizable*.

En este marco crítico, la megaminería a cielo abierto, la extracción de gas y petróleo a través de métodos no convencionales (como el *fracking* o fractura hidráulica), y más recientemente el litio en tanto mineral estratégico que permite el almacenamiento de energía, exacerbando la conflictividad sociopolítica en numerosos territorios de Abya Yala, tal como ha ocurrido en la provincia de Jujuy, donde las comunidades indígenas, sindicatos antiburocráticos y sectores populares más postergados se levantaron al grito de “¡El agua vale más que el litio!”. No estamos en presencia de una crisis meramente vinculada a lo energético, sino que al mismo tiempo incluye a los sistemas alimentarios y al agua misma como bien común.

Dentro de un contexto anómalo pero cada vez más persistente, el horizonte del *capitalismo verde* parece ser la opción más viable de “revolución pasiva” en términos gramscianos (es decir, de una transformación profunda que a la vez involucre una restauración del orden dominante sobre nuevas bases), para superar esta crisis extrema desde una perspectiva intrasistémica (Brand y Wissen 2021). Mientras tanto, la respuesta frente a quienes se resisten a esta recolonización brutal no es otra que la violencia descarnada, al punto de ensayar un “estado de excepción” intermitente en los territorios más conflictivos, mixturado en ocasiones con el ofrecimiento de nuevos “espejitos de colores” asociados con una supuesta modernización y bonanza local, esta vez sobre la base de “energías limpias”, pero que en rigor redundará en enormes costos ambientales, mayores asimetrías en la relación Norte-Sur, reprimarización de la economía y proliferación de dispositivos de control, que solo traerán aparejado cuerpos-territorios más enfermos, vulnerables, vigilados e impotentes.



En cuanto a la escalada bélica a la que estamos asistiendo a nivel global, no hace sino evidenciar la crisis del “capitalismo pacificado”. Si bien tal como ha resaltado Rosa Luxemburgo, guerra y acumulación han ido de la mano desde la génesis misma de este sistema-mundo, el declive del imperialismo norteamericano como potencia hegemónica, su política “antiterrorista” tras los sucesos de 11 de septiembre de 2001 y la posterior configuración de un multilateralismo centrífugo (con altos niveles de conflictividad y creciente tensión en los últimos años entre bloques y países con intereses divergentes), sumados a la coyuntura impuesta por la hecatombe pandémica (que generó una crisis en las cadenas de suministro globales) y a la prolongada guerra en Ucrania, han redundado en una situación inédita de rearme, militarización y auge de los nacionalismos en las entrañas mismas de Europa, con la extensión de un *régimen de guerra* mucho más allá de los países beligerantes (Mezzadra y Neilson 2024).

Es un escenario de brutales procesos de militarización de la política y la economía que, amparados en una retórica que apela a la “seguridad nacional” y a un contexto de “excepcionalidad”, se avizoran como nueva “normalidad” en buena parte del mundo, ejerciendo presión e imponiendo agendas derechistas en elecciones y en instancias estatales de decisión política. Dicha tendencia se agudiza hasta el paroxismo con el genocidio cometido en Gaza y la guerra desencadenada en Yemen, que a pesar de parecer distantes resultan sobredeterminantes e inciden en nuestra región. Estas y otras embestidas bélicas o securitarias se conectan con lo que Achille Mbembe (2011) define como *necropolítica*, esto es, una política de gestión de la muerte tal como la que se padece actualmente en muchas realidades del planeta, donde lo que se torna predominante es una modalidad de intervención militar o represiva por parte del Estado, de carácter asesino y despótico, contra vidas precarias que son criminalizadas o sacrificadas sin miramientos.

La pandemia y el escenario de agudización de la crisis global que se ha vivido con posterioridad a ella habilitaron e hicieron visibles ciertas modalidades de reproducción de lo común con enorme potencialidad antisistémica, pero al mismo tiempo generaron un reforzamiento de las aristas represivas, punitivistas y judiciales de los Estados, combinado con una reactivación e intensificación de algunos núcleos de sentido común que abrevan en valores tradi-



cionales ligados a la defensa de la familia, el orden y la propiedad privada. Si ya antes de la diseminación del Covid-19 se vislumbraba esta tendencia, a partir de procesos políticos como el vivido en Brasil con el bolsonarismo y en otras latitudes del mundo (entre ellos, el de grupos y coaliciones neofascistas en Europa), actualmente el contexto de incertidumbre e inestabilidad socioeconómica y los conflictos bélicos mencionados contribuyen a que las clases dominantes, las ultraderechas vernáculas y el imperialismo vean como viable el fortalecimiento de esta opción.

Al margen de los recambios gubernamentales, lo que se consolida parece ser un *estatismo autoritario* tal cual lo definieron Nicos Poulantzas (1979) y más tardíamente Joachim Hirsch (2000): de contornos “cesaristas”, esta forma de Estado tiende a concentrar el poder en la cúspide del ejecutivo, combinando el respeto de ciertas garantías y reglas de juego democráticas (como la realización de elecciones periódicas) con la degradación del Estado de derecho y la vulneración sistemática de algunas libertades civiles. Por lo tanto, no se identifica con un posible nuevo fascismo ni con los clásicos procesos de fascistización, aunque pueda contemplar algunos rasgos o afinidades puntuales con ellos. Una diferencia sustancial que es necesario tener en cuenta, dirá Poulantzas, es que el Estado fascista “supone una derrota histórica previa del movimiento popular y de la clase obrera”, algo que por el momento no ha acontecido de forma definitiva e irreversible en América Latina.

De manera complementaria, lecturas contemporáneas como las de Renan Vega Cantor (2016), Rita Segato (2016), Javier Auyero y Katherine Sobering (2021), advierten acerca de los peligros de la existencia en América Latina de un *Estado dual, ambivalente* o bien un (*para*)*Estado delincuencia*, que involucra adherencias y vasos comunicantes con el submundo criminal, esto es, un proceso de “mafialización de la política” que resulta en guerras del para-Estado mafioso y guerras de los Estados actuando siempre con un brazo paraestatal, con capacidad de control y poder arbitrario sobre la vida. Un Estado, pues, que pretende hacer cumplir la ley y a la vez (en el mismo territorio, en tanto “segunda realidad”) la infringe y funciona como socio de lo que el propio Estado define como conducta criminal o delictiva.



Este proceso puede llegar a articularse con un despotismo político que yuxtaponga cierta “normalidad democrática” con la excepcionalidad, habilitando una suspensión parcial e intermitente de derechos elementales, bajo el pretexto del supuesto contexto singular que esta coyuntura impone a escala regional y mundial. **Azuzando “enemigos” tanto internos como externos a los que combatir, se propicia el avasallamiento de territorios, la restricción de libertades democráticas y el robustecimiento de valores conservadores y tradicionales (de carácter heteropatriarcal, misógino, nacionalista y/o meritocrático), junto con la militarización de zonas consideradas estratégicas por el gran capital transnacional, el ejercicio de la contrainsurgencia y el incremento de la utilización del aparato coercitivo del Estado contra focos de resistencia comunitaria que se busca desplazar o aislar de su entorno vital, en medio de un clima de desintegración social y política cada vez más generalizado.**

Sería un error considerar a este tipo de Estados como fuertes y estables. Por el contrario, signados por crisis agudas, la utilización creciente de la coerción evidencia, al decir de Antonio Gramsci (1999), que estamos en presencia de Estados débiles en términos hegemónicos, que más bien se asientan en lo que René Zavaleta (1989) caracterizó como *hegemonía negativa*, en la medida en que se prioriza la reproducción de estructuras de dominación y una “construcción autoritaria de las creencias”. La apelación a la coerción no ha dejado de ser el eje vertebrador del discurso punitivista en auge a nivel continental, desde la construcción de un “enemigo interno” (con contornos específicos de acuerdo a cada realidad concreta) que legitime la escalada represiva vivida en gran parte de la región, buscando interpelar el imaginario social autoritario y orientando ciertos temores o miedos e impotencias para conectarlos con una necesidad de protección y resguardo, de respeto de la ley, previsibilidad y deseo de restablecimiento del “orden”, que el sentido común dominante exige de parte del Estado, aunque este opere bajo lógicas bélicas o necropolíticas.

Esta defensa enconada del accionar de las fuerzas represivas se complementa con el reforzamiento mediático de prejuicios y estigmas que tienden a asociar juventud pobre o habitantes de barriadas humildes con delincuencia; protesta social, huelgas, cortes de calles o recuperación de tierras con desestabilización e “ilegalidad”; y accionar



de pueblos o comunidades indígenas con terrorismo y boicot al “progreso”, buscando así fortalecer una visión de mundo que avale –e incluso demande– una intensificación de la violencia estatal y hasta parapolicial. En América Latina, experiencias como las de Jair Bolsonaro en Brasil o Nayib Bukele en El Salvador resultan casos emblemáticos de esta tendencia, a la que se suma como novedoso laboratorio el gobierno de Javier Milei.

Las coyunturas trágicas y excepcionales tienen, a pesar de ello, cierto costado pedagógico, aunque más no sea vivenciado en el desfiladero y a pasitos nomás del abismo. Si algo nos enseñó el confinamiento y la crisis pandémica es que **peleamos contra un enemigo de carácter global y contornos difusos, una hidra que no solo involucra la explotación de clase sino también otras formas de dominio y pillaje, de violencia y despojo, de irracionalidad, despilfarro, productivismo e instrumentalización de seres sintientes, de injusticias y desigualdades de lo más variadas, cuyas mil cabezas se entrelazan y sostienen entre sí.**

Pero al mismo tiempo, otra cuestión central que quedó en evidencia con esta crisis es la extrema fragilidad sobre la que se sostiene la trama misma de la vida y la condición tremendamente precaria de este sistema de muerte policéfalo, que no da de comer ni de amar. Rosa Luxemburgo (1972) supo denominar a la dinámica impuesta por él en nuestro continente como “inseguridad de la existencia social”, rasgo que según ella no estaba presente en estas tierras antes del proceso de conquista y colonización por parte de los imperios europeos y de la instauración a sangre y fuego del capitalismo.

Si bien con el sacudón pandémico algunas temáticas sensibles cobraron mayor relevancia y han logrado instalarse con fuerza en la agenda pública y en vastos sectores de la sociedad (por caso, el calentamiento global o el reconocimiento de las tareas de cuidado), lo cierto es que ello no ha alcanzado para erosionar en profundidad, y menos aún quebrantar, un sentido común hegemónico tendiente al “conformismo”, que apuntala a diario relaciones de dominio, desprecio, explotación y despojo, y a la vez presupone la invisibilización de determinadas condiciones de producción y reproducción de la vida en común, que se han evidenciado como totalmente insustentables, por lo que requieren ser repensadas de raíz.



Quizás valga la pena recuperar de la cosmovisión andina la metáfora y figura del *Pachakuti*, que involucra una doble significación de suma actualidad: remite a un cambio de época de carácter integral, un giro, revuelta o deslocamiento espacio-temporal que puede implicar tanto catástrofe como renovación y discontinuidad, colapso o bien una inversión radical del orden existente. **El contexto por el que transita América Latina nos habla acerca de esta doble posibilidad en ciernes. Por un lado, la amenaza certera del advenimiento de un mundo distópico, de contrarrevolución preventiva, militarización de territorios, proliferación de enfermedades, fascismo societal, degradación ecológica y extractivismo recargado; por el otro, la conciencia anticipatoria cifrada en la movilización callejera, la insurgencia popular, la politización y pedagogía de masas, el relevo múltiple y el buen vivir.**

Vivimos una crisis que jamás debe leerse como preludio de una victoria certera, pero tampoco en clave derrotista al punto de llevarnos a la parálisis. Más bien cabe pensarla en tanto *escuela de conocimiento* e instante anómalo en la vida social, apertura de una hendidura privilegiada que amplía el horizonte de visibilidad de los pueblos y las clases subalternas, haciendo posible un ejercicio de autoconocimiento colectivo de gran parte de lo que, anteriormente, se encontraba vedado. Un conocer que, lejos de ser mera composición de conceptos, constituye un acto vital y autoorganizativo, que requiere “poner en cuarentena” no solamente las categorías y nociones propias del pensamiento hegemónico colonial-moderno, sino además las formas anquilosadas de la praxis política.

La crisis como momento de dilucidación resulta al mismo tiempo expresión ambivalente e inestable de un proceso de desintegración social que de forma dramática destella ansias de un cambio urgente y sustancial. Frente a esta disyuntiva, además de articular en términos de Paulo Freire (1992) la *denuncia* con el *anuncio*, no cabe sino apelar una vez más a la desmesura, para avivar la llama de la rebeldía y ayudar a parir aquello que no termina de (re)nacer.



Referencias

- Auyero, Javier y Sobering, Katherine (2021): *Entre narcos y policías. Las relaciones clandestinas entre el Estado y el delito, y su impacto violento en la vida de las personas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bautista, Carolina, Durand, Anahí y Ouviaña, Hernán (eds.) (2020): *Estados alterados. Reconfiguraciones estatales, luchas políticas y crisis orgánica en tiempos de pandemia*. Buenos Aires: Muchos Mundos/ CLACSO.
- Brand, Ulrich y Wissen, Markus (2021): *Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo*. Buenos Aires: Tinta Limón/ Fundación Rosa Luxemburgo.
- Carillo Nieto, J. J., Escárzaga, F. y Gunther, M. G. (coords.) (2016): *Los gobiernos progresistas latinoamericanos. Contradicciones, avances y retrocesos*. México DF: UAM.
- Crutzen, Paul (2009): “¿Podremos sobrevivir al ‘Antropoceno’?”. En *Proyecto Syndicate*, 5/6/2009, disponible en <<https://www.project-syndicate.org/commentary/can-we-survive-the--anthropocene--period/spanish>>.
- Freire, Paulo (1992): *Pedagogía de la esperanza*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gaudichaud, Franck, Modonesi, Massimo y Webber, Jeffery (2019): *Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI. Ensayos de interpretación histórica*. México D.F.: UNAM.
- Gramsci, Antonio (1999): *Cuadernos de la Cárcel*, t. 5. México: Era.
- Gudynas, Eduardo (2012): “Estado compensador y nuevos extractivismos. Las ambivalencias del progresismo latinoamericano”. En *Nueva Sociedad*, núm. 237.
- Hirsch, Joachim (2000): *El Estado nacional de competencia*. México D.F.: UAM.
- Lazzarato, Maurizio (2019). *El capital odia a todo el mundo. Fascismo o revolución*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Luxemburgo, Rosa (1972): *Introducción a la Economía Política*. Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 35.
- Mbembe, Achille (2011): *Necropolítica*. Madrid: Melusina.
- Mezzadra, Sandro y Neilson, Brett (06/03/2024): “Ucrania y el mundo entrando en el tercer año de guerra”. *Diario Red*, disponible en <<https://www.diario.red/articulo/internacional/ucrania-y-el-mundo-entrando-en-el-tercer-ano-de-guerra/20240306060000023959.html>> (consultado el 02/04/2024).
- Moore, Jason (2020): *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Oliver, Lucio (2016): *Transformaciones recientes del Estado integral en América Latina*. México D.F.: UNAM.



- Ouviaña, Hernán y Thwaites Rey, Mabel (eds.) (2019): *Estados en disputa. Auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires: El Colectivo/ CLACSO.
- Poulantzas, Nicos (1979). *Estado, poder y socialismo*. México D.F.: Siglo XXI.
- Segato, Rita (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Vega Cantor, Renan (2016): *Elogio del pensamiento crítico. Ensayos iconoclastas*. Bogotá: Ocean Sur.
- Vega Cantor, Renan (2019): *El capitaloceno: crisis civilizatoria, imperialismo ecológico y límites naturales*. Bogotá: Teoría & Praxis.
- Zavaleta, René (1989): *El Estado en América Latina*. La Paz: Los amigos del Libro.

Hernán Ouviaña

Educador Popular, Politólogo y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Profesor de la carrera de Ciencia Política en la UBA e investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, dicta clases también en la Universidad Nacional de las Artes e integra el Departamento de Educación de la Universidad Nacional de Luján y el Grupo de Trabajo de CLACSO “El Estado como contradicción”. Ha participado de diversas iniciativas de educación popular y coordinado talleres de formación junto a movimientos sociales y sindicatos de base de Argentina y América Latina. Actualmente dirige el proyecto de investigación UBACyT “Estado, nuevo municipalismo y política prefigurativa en América Latina” y es coordinador pedagógico de la Escuela de formación política Rosa Luxemburgo. Autor y editor de libros y materiales centrados en el pensamiento crítico y la realidad latinoamericana, entre ellos *Zapatismo para principiantes*, *Estados en disputa. Auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina* y *Rosa Luxemburgo y la reinención de la política*.

